

«Yo nunca he escrito poesía social ni siquiera cuando se llamaba así. Era algo que me sonaba mal, nunca tuve que ver nada con ello ni nunca me gustó hablar del sudor del obrero: el sudor de un obrero es un pestazo, igual que el de un señor».

Con estas palabras se refería José Agustín Goytisolo, que ayer leyó —que no recitó, como el mismo matiza— doce de sus nuevos poemas en la Cátedra Jovellanos de Extensión Universitaria, de Gijón, al término "poesía social". Un término estilístico que se les aplicó a los poetas encuadrados en la generación del 50 —con otra etiqueta hemos topado, una vez más— y en la que tradicionalmente se le incluye, junto con sus grandes amigos Jaime Gil de Biedma y Carlos Barral, ya desaparecidos. Como la mayor parte de los intelectuales, reniega de generaciones y de etiquetas. Y es que para el mayor de los hermanos Goytisolo, lo de la generación es más bien "degeneración":

«Me meten ahí, como a todos los que dicen que eran de la generación de los 50 e incluso alguno habló de "degeneración de los 50"; vale, ya es hora de decir que éramos, en realidad, la degeneración de los 50 y eso que yo nunca he sido un degenerado, sino un respetable padre de familia... Eso lo decían de la gente que en aquella época teníamos dinero y, bueno, Jaime y yo teníamos ligeramente un poco más de dinero, también Carlos. En los bares, en Madrid, la gente nos preguntaba qué era eso que bebíamos... Lo que todo el mundo ahora, gin-tonic, lo que pasa que entonces los había que bebían vino y comían berza por aquello del que dirán...»

Compañeros de viaje

El mayor de los hermanos Goytisolo Gay y, se-

Leyó ayer doce nuevos poemas en Gijón

José Agustín Goytisolo: «El sudor de un obrero es un pestazo, igual que el de un señor»

«Nunca he sido del PCE, sólo fuimos compañeros de viaje»

gún él, el que primero empezó a escribir, no aparenta demasiado los 62 años de edad que tiene, a lo mejor por el pelo, casi sin canas. Se queja del frío que hace en el salón de actos de la Cátedra Jovellanos de Extensión Universitaria, donde tiene lugar la conversación, momentos antes de comenzar su recital poético. Parece un poco ido y se encuentra evidentemente cansado —anteayer estuvo en Oviedo y antes en Santander—. No pronuncia demasiado bien y, a menudo, salta de una idea a otra. Será cosa de los intelectuales. De cualquier forma, se hace entender... A veces.

Al parecer, esta es la más reciente de muchas visitas a Asturias:

«He estado muchas veces en Asturias, la primera a traer un recado, cuando me llamaba Alejandro».

Uno va y le pregunta de qué recado se trataba y contesta que no se enteró, porque él traía el recado y nunca preguntaba. Entonces, ante la duda de si sería cosa de política, se le recuerda la prohibición de uno de sus recitales en la Cátedra, en los últimos años sesenta, cuando la Cátedra era solo el Ateneo Jovellanos, y el posterior traslado del recital al bar "Costa Verde":

«Sí, sí que me acuerdo, no sé por qué lo prohibieron. Es como lo del recadero, como yo nunca preguntaba... De todas formas, a mí me gusta más leer poesía en las cafeterías... Ahora me gustaría más estar en una cafetería».

—Sin embargo, poco después, ofreció otro recital poético en Oviedo y ese no fue prohibido...

—Sí, en Oviedo siempre me trataron mejor que en Gijón, a lo mejor porque tenía "la ficha" menos cargada en Oviedo que aquí... Es como decir que te tratan mejor en Sabadell que en Tarrasa, no sé, yo nunca pregunto

—Usted, entonces, era del PCE, ¿no?

—No, yo nunca he sido del PCE, sólo fuimos compañeros de viaje... Cuando el viaje me gustaba.

—Y ahora, ¿le gusta el viaje?

—Hombre, ahora va mejor. Precisamente el lunes me voy a la URSS en viaje de trabajo.

De política parece no tener ganas de hablar. Eso sí, dice que ya quisieran en Rusia tener un Julio Anguita en vez de un Gorbachov, aunque fuera en miniatura.

El pródigo Cela y el sombrío Umbral

De vuelta a asuntos literarios, José Agustín Goytisolo recuerda cuando, junto con Barral y Gil de Biedma, dio el primer recital poético en el Ateneo de Madrid y guarda con "cariño" un reseña periodística en la que los calificaron de "tres poetas industriales", porque hablaban de las huelgas del tranvía, de las letras devueltas, de las prostitutas... Sin embargo, un montón de años después, tampoco le parece que su obra haya sido asumida:

«Ni me han asumido, ni ganas. A mí no me lee nadie. Yo nunca veré publicadas, por ejemplo, mis obras completas. "Salmo al viento" va por la séptima edición... Es lo que me gusta, que mis libros sean leídos uno a uno»

Ve con optimismo la actual situación poética del país y, de paso, le hace publicidad a Luis García Montero, un poeta y un amigo que le gusta mucho. Recuerda con cariño al recientemente fallecido académico Dámaso Alonso:

«Dámaso era un cielo. Yo iba a las tertulias de Vicente Aleixandre, hasta que me di cuenta de que allí iba cualquiera, cualquiera podía molestar. Empecé a conocer a Dámaso cuando me invitó por primera vez a su casa de la travesía del Zarzal, ahora calle de Alberto Alcocer. Era un escritor demasiado generoso. Yo conocí a todos los de la generación del 27, incluso a Cernuda, en México, pero Dámaso era encantador... Incluso mi propia mujer estaba enamorada de él».

Del recién elegido académico, José Luis Sampedro, dice que, «afortunadamente, la Academia, esta vez, no se ha equivocado» y del "derrotado", Umbral, se pregunta en tono irónico y sumamente revelador: «¿El sombrío Umbral, el gran renovador de la prosa en España?».

Y de uno de los valedores de Umbral, el "nobelizado" Cela, nada que oponer, salvo que se prodiga demasiado:

«Cela siempre se portó muy bien conmigo, pero creo que se prodiga demasiado. En las tertulias, por ejemplo; en la de Jesús Hermida, por ejem-



CITOUOLA

José Agustín Goytisolo

plo. Ahora bien, su obra, en general, es espléndida... Lo mejor, con mucho, "La familia de Pascual Duarte", mejor que "La colmena". Lo que pasa es que se castiga demasiado, debería elevar

el listón de sus apariciones públicas».

Cuando se intenta retornar al tema político con el asunto Juan Guerra, de la más rabiosa actualidad, es rotundo y en tercera persona:

«No sabe, no contesta».

De otro Juan, su hermano y del tercero, Luis, se deshace en elogios:

«Me gustan mucho, en mi casa siempre se ha escrito muy bien».

Por último, acerca del recital, comenta:

«Yo no recito poemas, los leo. Eso de que el poeta es más sensible que los demás no es cierto. Salvo en casos como los de Hitler, Mussolini o Franco, todo el mundo es sensible. El poeta no es el que se emociona, sino el que sabe hacer emocionarse»

—¿Y usted lo consigue?

—Bueno, lo procuro.

J. J. Medina